

Abrazados a la Cruz

CUARESMA 2004

Agradecidos, ilusionados y necesitados comenzamos este tiempo cuaresmal. *Agradecidos* porque se nos ofrece una nueva oportunidad para crecer, para entrar en nosotros, para discernir al pie de la cruz cómo estamos y qué tipo de discípulos enviados somos. *Ilusionados* porque siempre que nos ponemos en camino o que iniciamos una nueva etapa, nos cargamos de esperanzas y miramos al horizonte con nuevos ojos y muchos retos. *Necesitados* porque nos reconocemos inacabados, con demasiadas parcelas de nuestra vida que aun requieren mucha conversión; necesitados de perdón y de mucha misericordia. Así iniciamos esta Cuaresma en la que queremos vivir, trabajar, orar y celebrar bajo el lema "Manos que abrazan la cruz".

Y quien dice manos, dice vidas, opciones, decisiones, personas, familias, comunidades... que abrazan la cruz. Abrazar la cruz ¡suenan tan bien! Pero ¿qué significa realmente? ¿es un eufemismo? ¿es una metáfora? ¿o es un estilo de vida, una respuesta concreta y radical a una llamada personal y liberadora, una opción en la que nos reconocemos y nos reconocen apasionados por la vida y la esperanza de todos, especialmente por los más necesitados?

Abrazar significa "ceñir con los brazos, estrechar entre los brazos en señal de cariño", pero también significa "tomar uno a su cargo alguna cosa: admitir, aceptar, seguir". Y este es precisamente el significado que encierra el lema bajo el que queremos caminar durante esta Cuaresma.

Abrazar la cruz significa realizar un ejercicio que parte de la renuncia, de la desapropiación y que culmina en el abrazo. La penitencia, el ayuno y la oración a los que somos invitados en este camino son mediaciones irrenunciables para poder realizar este ejercicio de renunciar a... para abrazar la cruz.

Francisco de Asís maduró su amor en el misterio de la Pasión de Cristo: "El misterio de la pasión de Cristo es el que le comprometía más a fondo. Su espiritualidad partía de la cruz y culminaba en la cruz. Desde que el Crucificado se le manifestó, no sabía separarse del recuerdo de la Pasión de Cristo". Cristo lo llamó a una vida evangélica, vivió su conversión, renunció a su herencia paterna y se abrazó a la pobreza para transformarse en heraldo del Gran Rey. En la Cruz maduró su Amor y su inmensa Alegría.

Esta experiencia vocacional de Francisco puede ser para cada uno de nosotros un ejemplo de cómo vivir este tiempo cuaresmal, de cómo abrazar con nuestras manos (vidas) la cruz de Cristo. San Buenaventura escribe que Francisco y los hermanos "repasaban día y noche con mirada continua el libro de la cruz de Cristo" (Cfr. LM 4, 3b) y Clara exhortaba a sus hermanas diciendo "levantad muchas veces los ojos al cielo, que os convida a tomar la cruz y a seguir a Jesucristo..." (5CtaCl). Tanto Francisco como Clara experimentaron en su propia vida lo que significaba renunciar a todo para poder abrazar al que es el Todo Bien. Ojalá la oración y la celebración en esta Cuaresma nos ayude a seguir descubriendo cuál es el camino



que nos lleva a la Vida y que sigue pasando irremediabilmente por la cruz, por la cruz de Cristo y por la de todos aquellos que todavía hoy son crucificados en nuestro mundo. Que este camino de penitencia, de ayuno y de oración, sea un camino de pasión, de conversión personal y comunitaria y de abrazo al misterio de la cruz. Ojalá nuestras manos, con la ayuda del Espíritu, se liberen de todo aquello que nos ata, nos esclaviza, nos hace enemigos y así abracen la cruz, fuente de Vida y Esperanza para todos.

METODOLOGÍA CATEQUÉTICA PARA ESTA CUARESMA

Ya hemos propuesto en las líneas anteriores un posible itinerario para esta Cuaresma: bajo el lema “Manos que abrazan la cruz” queremos realizar el ejercicio que parte de la renuncia, de la liberación, de la conversión, de la desapropiación (cada uno de todo aquello que le impide ser fiel a Cristo y a su estilo de vida) y que culmina en el abrazo apasionado a la cruz, en la que Cristo asume y transforma todo dolor, toda soledad, todo sufrimiento, todo vacío, todo pecado... en Vida Nueva.

Como el objetivo de este itinerario cuaresmal es el de abrazar la cruz, la frase que presidirá la dinámica dominical que acompaña el mural, será “Para abrazar la cruz...”. Creemos que es una expresión más sugerente y que da más juego, la cual se irá completando con las indicaciones que la Palabra de Dios nos ofrece cada domingo (en concreto, con los cinco evangelios del ciclo C).

Así, la catequesis que proponemos es que para poder abrazar la cruz debemos renunciar a algunas cosas (actividades, personas, proyectos, pobreza...) y ejercitarnos en algunas actitudes básicas que favorecen el abrazo, es decir, que nos hacen admitir, aceptar y seguir a Cristo “pobre y crucificado” tal y como lo reconocía nuestro hermano Francisco.

Por ello, las cinco actitudes que proponemos son: “**Para abrazar la cruz...**”: **DESIERTO** (superar la tentación), **DISCERNIMIENTO** (discernir, escuchar), **ESPERANZA** (enmendarse, oportunidad), **MISERICORDIA** (vivir, hacer fiesta, alegrarse) y **ACOGIDA** (perdón, aceptación).

Para abrazar la cruz...

DOMINGO I (Las Tentaciones): **DESIERTO**

Dt 26, 4-10: ... y Yahvé nos escuchó, vio nuestra humillación, nuestros duros trabajos y nuestra opresión. Yahvé nos sacó de Egipto con mano firme, demostrando su poder con señales y milagros que sembraron el terror. Y nos trajo aquí para darnos esta tierra que mana leche y miel.

Rom 10,8-13: Muy cerca de ti está la Palabra, ya está en tus labios y en tu corazón.

...El que cree en él no quedará defraudado. Así que no hay diferencia entre judío y griego; todos tienen el mismo Señor, que es muy generoso con todo el que lo invoca; porque todo el que invoque el Nombre del Señor se salvará.

Lc 4,1-13: Jesús... lleno del Espíritu Santo y se dejó guiar por el Espíritu a través del desierto, donde fue tentado por el demonio durante cuarenta días. «Si eres Hijo de Dios, manda a esta piedra que se convierta en pan.» Jesús le contestó: «Dice la Escritura: El hombre no vive solamente de pan». «...Si te arrodillas y me adoras, todo será tuyo». Jesús le replicó: «La Escritura dice: Adorarás al Señor tu Dios y a él sólo servirás». «...Si tú eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, ...Jesús le replicó: «También dice la Escritura: No tentarás al Señor, tu Dios».

Este primer domingo de cuaresma, en la narración de las tentaciones, se destaca el protagonismo del Espíritu: es el Espíritu el que conduce a Jesús al desierto y el mismo que le da fuerzas para vencer las tentaciones de sus deseos del tener, del poder y de la gloria.

También nosotros hemos hincado este tiempo de conversión acompañados por el Espíritu. Él nos conduce al desierto y allí descubrimos nuestras fidelidades e infidelidades, nuestra fuerza de voluntad, nuestras opciones más profundas, nuestra confianza en Dios... En el desierto somos tentados a renunciar a nuestra condición de hombres y mujeres caminantes,

somos tentados a renunciar al mesianismo del servicio fraterno y somos tentados para provocar a Dios.

Todos experimentamos en nuestra vida cómo cuando decidimos adentrarnos en el desierto siempre aparece la tentación de volver atrás, de no afrontar lo que en él se nos manifiesta, de volver a como estábamos. Para poder abrazar la cruz, para poder abrazar el proyecto de vida de Jesús hasta sus últimas consecuencias, debemos entrar en el desierto, despojarnos de todo, dejar que Dios nos hable y hacernos fuertes sólo en Aquel que nos ha con-vocado.

El objetivo de las tentaciones es que Jesús actuase al margen de Dios. Algo parecido sentimos nosotros cuando somos tentados: rechazar nuestra condición caminante y trabajadora, erigirnos en dueños absolutos y huir de nuestras propias responsabilidades.

Por todo ello, el primer paso en este camino cuaresmal es entrar en el desierto y dejarnos transformar por el Espíritu. Sólo si nos adentramos en el desierto y nos despojamos de todo tendremos las manos disponibles para abrazar la cruz.

DOMINGO II (la Transfiguración): **DISCERNIMIENTO**

Gén 15,5-12.17-18: Yahvé sacó afuera a Abraham y le dijo: «Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes. Así será tu descendencia».

Y creyó Abraham y Yahvé le dijo: «Yo soy Yahvé, que te sacó de Ur de los Caldeos, para entregarte esta tierra en propiedad».

Fil 3,17-4,1: Él transformará nuestra condición humana, según el modelo de su condición divina.

Lc 9,28-36: Y mientras estaba orando, su cara cambió de aspecto y su ropa se volvió de una blancura fulgurante...Una voz que decía: «Este es mi Hijo, mi Elegido; escuchadlo».

El relato de la Transfiguración confirma a Jesús en su identidad y en su misión: ¡El camino que ha elegido, su estilo de vida y su mensaje es lo que Dios quiere!

La transfiguración se presenta como un adelanto de lo que sucederá en la pascua, desde la óptica de la resurrección es desde donde se entiende realmente todo lo que pasa; desde ahí es desde donde apreciamos quién es realmente Jesús: el Hijo de Dios.

Dios también revela a los discípulos que ése, cuya enseñanza no aceptan y cuyos gestos les inquietan, ése es el Hijo, el Elegido, el Mesías, a quien hay que escuchar. Dios lo pone como norma de vida y de seguimiento para todos: "Escuchadlo" (v.35).

La Transfiguración desvela el sentido profundo de los acontecimientos, pero no dispensa a los discípulos de vivir la realidad en su dureza y ambigüedad. Es preciso que los discípulos afronten el mensaje y el camino de Jesús.

Nosotros, igual que entonces, también debemos afrontar la realidad. Nadie puede refugiarse de continuo en la montaña, en la visión de Dios, en la trascendencia, en la oración... las teofanías o manifestaciones de Dios, las experiencias espirituales no son para separarnos de la realidad, sino para ayudarnos a discernir y a afrontar la historia en toda su profundidad, para ayudarnos a seguir a Jesús y proseguir su causa.

Sólo si practicamos asiduamente el ejercicio del discernimiento podremos aceptar, acoger y vivir las señales que Dios nos hace. Sólo si discernimos podremos liberar nuestras manos de aquello que nos impide optar radicalmente por la cruz de Cristo, por el evangelio de las Bienaventuranzas.

DOMINGO III (la higuera sin fruto): **ESPERANZA**

Ex 3,1-8.13-15: Yavé dijo: «He visto la humillación de mi pueblo en Egipto, y he escuchado sus gritos ...y por esta razón voy a bajar, para librarlo del poder de los egipcios y para hacerlo subir de aquí a un país grande y fértil, a una tierra que mana leche y miel.

1 Co 10,1-6.10-12: ...Así, pues, el que crea estar en pie tenga cuidado de no caer.

Lc 13,1-9: «Un hombre tenía una higuera que crecía en medio de su viña. Fue a buscar higos, pero no los halló. Dijo entonces al viñador: «Mira, hace tres años que vengo a buscar higos a esta higuera, pero nunca encuentro nada. Córdala. ¿Para qué está consumiendo la tierra inútilmente?» El viñador contestó: «Señor, déjala un año más y mientras tanto cavaré alrededor y le echaré abono. Puede ser que así dé fruto en adelante y, si no, la cortas».

Vivimos en un mundo donde todo tiene fecha de caducidad, donde tendemos a acotar todo y a marcar límites, porque así pretendemos tener todo controlado.

En este afán por ser dueños y señores de todo y de todos, también es víctima nuestra esperanza. Una esperanza que siempre tiene un límite y una gota que “colma el vaso”.

Frente a esta conocida manera de vivir, el evangelio de este domingo nos presenta una nueva y difícil forma de enfrentarnos a la vida: Se trata de dar protagonismo absoluto a la ESPERANZA contra toda desesperanza. Dios, como el viñador de la parábola, no se cansará nunca de dar una segunda oportunidad ...y una tercera, ...y una cuarta... A pesar de la invitación urgente a convertirnos y a dar fruto, vivimos todavía el tiempo de la paciencia y de la misericordia de Dios.

Solemos decir que “mientras hay vida hay esperanza”, pero cuando se trata de la vida de los demás, cuando se trata de dar una segunda oportunidad, a pesar de los pesares, nos volvemos tajantes y radicales; es entonces cuando marcamos límites y plazos, y nos convertimos en jueces y señores.

Dios viene a romper estos límites y cada vez que no encuentra fruto no duda en dar una nueva oportunidad y esperar... y esperar...

La parábola pone de manifiesto que cambiar o no cambiar no es un juego de palabras: es un problema de vida o muerte. Ante el Reino de Dios hay que decidirse. Y se nos habla de urgencia, porque el tiempo pasa y estamos en la encrucijada.

Sólo si somos creyentes que desbordan sana esperanza podremos abrazar la cruz erigida para la vida y la esperanza de todos.

DOMINGO IV (EL PADRE BUENO): MISERICORDIA

Jos 5,9.10-12: El Señor dijo a Josué: «Hoy he quitado de encima la vergüenza de Egipto.»

Los israelitas acamparon en Guilgal, donde celebraron la Pascua.

2 Co 5,17-21: Toda persona que está en Cristo es una creación nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha llegado. Todo eso es obra de Dios, que nos reconcilió con él en Cristo y que a nosotros nos encomienda el mensaje de la reconciliación.

Lc 15,1-3.11-32: «Había un hombre que tenía dos hijos. El menor dijo a su padre: "Dame la parte de la hacienda que me corresponde." Y el padre repartió sus bienes entre los dos.

El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, cuando se acercaba a la casa, oyó la orquesta y el baile. Llamó a uno de los muchachos y le preguntó qué significaba todo aquello. Él le respondió: «Tu hermano ha regresado a casa, y tu padre mandó matar el ternero gordo por haberlo recobrado sano y salvo».

El hijo mayor se enojó y no quiso entrar. Su padre salió a suplicarle. Pero él le contestó: «Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y a mí nunca me has dado un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. Pero ahora que vuelve ese hijo tuyo, que se ha gastado tu dinero con prostitutas, haces matar para él el ternero gordo». El padre le dijo: «Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Pero había que hacer fiesta y alegrarse, puesto que tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado».

Este domingo se nos invita a ser hombres y mujeres de misericordia. A veces esta palabra la relacionamos inmediatamente con sumisión, con inferioridad, como algo que hay que tener con los pobrecillos que esperan de nosotros, al menos, un poco de misericordia.

Sin embargo, el padre protagonista de la historia que encontramos hoy en el evangelio, al que podemos llamar el padre de la misericordia, nos muestra con actitudes bien concretas qué entiende Dios cuando habla de misericordia.

Los sentimientos que tiene este padre –respeto, generosidad, paciencia, esperanza, ternura, alegría desbordante por la recuperación de su hijo, capacidad infinita de perdón– son la mejor imagen de los sentimientos de Dios para con nosotros.

¡Cuánta misericordia necesitamos en nuestra vida! ¡Cuánta misericordia derrama el Padre en cada uno de nosotros a cada instante!

Sólo desde la misericordia nuestras manos alcanzarán abrazar la cruz de Cristo, confiados y fieles como el Padre, sin condiciones.

DOMINGO V (el que esté libre de pecado...): ACOGIDA

Is 43,16-21 Esto dice Yahvé: ...voy a realizar algo nuevo, que ya aparece. ¿No lo notáis? Sí, trazaré una ruta en las soledades y pondré praderas en el desierto...

Fil 3,8-14: Todo lo considero al presente como peso muerto, en comparación con eso tan extraordinario que es conocer a Cristo Jesús, mi Señor. A causa de él ya nada tiene valor para mí, y todo lo considero como pelusas mientras trato de ganar a Cristo. Y quiero encontrarme en él, no teniendo ya esa rectitud que pretende la Ley, sino aquella que es fruto de la fe de Cristo, quiero decir, la reordenación que Dios realiza a raíz de la fe.

Jn 8,1-11: Los maestros de la Ley y los fariseos le trajeron una mujer que había sido sorprendida en adulterio. ... Y les dijo: «Aquel de vosotros que no tenga pecado, que le arroje la primera piedra». Se inclinó de nuevo y siguió escribiendo en el suelo. Al oír estas palabras, se fueron retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos, hasta que se quedó Jesús solo con la mujer, que seguía de pie ante él. Entonces se enderezó y le dijo: «Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado?» Ella contestó: «Ninguno, señor». Y Jesús le dijo: «Tampoco yo te condeno. Vete y en adelante no vuelvas a pecar».

Llegamos al final de la cuaresma con un mensaje claro: la justicia de Dios no es como la justicia de los hombres. Pero lo que sí que ha de quedar claro es que dicha justicia humana ha de cambiar y orientarse hacia esa nueva manera de entender la justicia.

Dios en vez de condenar al pecador, lo acoge para que se rehabilite. La imagen de la mujer adúltera junto a Jesús puede representar a cualquier comunidad cristiana, a cualquiera de nosotros, que necesitamos y somos acogidos más allá de los que la sociedad y la ley nos ofrece.

¡Qué cómodo es juzgar a las personas desde criterios seguros! Hay personas de bien y gente indeseable; personas con solvencia y gente con antecedentes penales; bienhechores de la sociedad y malhechores; ciudadanos y emigrantes... Qué fácil y qué injusto puede ser apelar a la ley para condenar a tantas personas marginadas o incapacitadas para vivir integradas en nuestra sociedad, en nuestra comunidad cristiana conforme a la ley del “ciudadano ideal”.

Frente a tantos enjuiciamientos y condenas fáciles, Jesús nos invita a no condenar fríamente a los demás, sino a acoger incondicionalmente.

Lo que la mujer adúltera necesitaba no eran piedras, sino un corazón misericordioso y unas manos amigas que la ayudaran a levantarse.

Sólo si nos presentamos con los brazos abiertos y las manos dispuestas a la acogida incondicional del otro, de cualquier otro, podremos abrazar la cruz como símbolo de liberación y de restitución de la dignidad a cualquier ser humano.

oscarap©Cuaresma2004

La Cuaresma es el tiempo de preparación y conversión en el que caminamos hacia la Pascua. Pero sabemos que la Pascua pasa obligatoriamente por la Pasión, por la Cruz. Por ello esta Cuaresma, con nuestra mirada (ojos), nuestras acciones (manos) y el corazón dirigidos a la Pascua, queremos trabajar, orar, celebrar... vivir y descubrir qué nos pide la Palabra de Dios para poder abrazar la Cruz que, en y por Jesús, es símbolo de liberación, de Vida y Esperanza para todos. Como Francisco de Asís, caminamos hacia la Cruz porque en ella el Crucificado, por la pasión más sincera, más universal y más plena, se nos manifiesta como el Resucitado que nos da la Vida. Para poder abrazar la Cruz se nos recomienda DESIERTO, DISCERNIMIENTO, ESPERANZA, MISERICORDIA Y ACOGIDA. Sólo así podremos reconocernos necesitados de conversión, de renuncia, de liberación y posibilitados para estrechar entre nuestras manos la Cruz del Resucitado. Buen camino cuaresmal.